

Jue
17 Abr

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2024 - 2025 - (Ciclo C)

“Debéis lavaros los pies unos a otros”

Introducción

Con la celebración de la Cena del Señor nos adentramos en el Misterio del Triduo Pascual, fuente y culmen de todo nuestro año litúrgico. Año tras año nos disponemos a revivir los acontecimientos de la Semana Santa, y seguramente, como cada año, nos resuena la voz del Salmo 95 (94): “Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor”, o la de San Pablo en la Segunda Carta a los Corintios (6,2): “Ahora mismo es el tiempo favorable, hoy es el día de la salvación...” Reconocemos la grandeza de este día y no queremos que pase de largo... deseamos sinceramente dejarnos conmover y transformar por él...

Es cierto también que el Jueves Santo concentra de tal modo el Amor humano y divino de Jesús entregado en servicio hasta el extremo, que es casi tan imposible ponderarlo acabadamente como ayudarlo a reflexionar justamente... ¿Cómo disponernos, pues, a celebrar este Jueves Santo?

Por ahora, baste decir que hoy celebramos y nos alimentamos del “Amor mayor” del cual ha sido testigo la historia humana. Un amor que nutre y fortalece todas nuestras experiencias humanas de amor y es capaz de expandirlas a modalidades “sobrehumanas”.

Descubrir este Amor se vuelve la razón de nuestra vida.



Fray Germán Pravia O.P.
Casa de la Santísima Trinidad, Montevideo, Uruguay

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo

Salmo 115, 12-13. 15-16. 17-18 R/. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. R/. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R/. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándose los con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Pautas para la homilía

Un día, al pasar por una librería del centro de la ciudad, me llamó la atención el siguiente cartel: “Los verbos leer, amar, soñar no toleran el modo imperativo” ... En un primer momento, estuve de acuerdo con esa frase: ... ¿Es posible obligar a amar? ... Hasta que tomé conciencia que los cristianos recibimos –y hoy nos lo recuerda el versículo antes del Evangelio– el mandamiento del amor: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros, como yo os he amado» (Jn 13, 34)

¿Cómo es que Jesús “nos manda” amar? En realidad, este verbo solo puede tolerar “el modo imperativo” cuando el hablante lo vive y lo testimonia “al extremo”: «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo». Su acción, así, se vuelve inauditamente comprometedor. Tanto amor... nos enamora, tanta entrega nos convence..., pues “solo el amor es creíble” (H. von Balthasar).

La sangre será vuestra señal

En su momento, Israel, oprimido en Egipto, aprendió por experiencia que la libertad tenía el precio del sacrificio y así, la vida entregada se vuelve una memoria continua de la responsabilidad de esa libertad: “La sangre será vuestra señal” (Ex 12,13).

Sin embargo, como nos advierte el Salmo 116 (115), Dios no es sádico y no disfruta con el sufrimiento, pues “mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles” (v.15). La comida sagrada es la forma que el pueblo tiene de entrar en comunión con esa vida, reconociéndose deudor de esa entrega e “incorporándola” como fuente de vida.

Los amó hasta el extremo

Mas justamente, como la muerte de sus hijos es algo que tanto “le duele” a Dios, Él quiso asegurar la vida plena para todos, aún a costa del sufrimiento y la entrega ofrecida por su Hijo: “no hay mayor amor...” que el amor “hasta el extremo”.

El amor humano –especialmente éste, vivido hasta el extremo– es una acción tan sublime ... que es divina, y es propia y exclusivamente humana – y por eso imperativa– a pesar de su costo, pues, como diría un poeta contemporáneo: “Estamos orgullosos del precio de tanto dolor, que por tanto amor pagamos”... O, como diría el Cantar de los cantares: “Si alguien ofreciera toda su fortuna a cambio del amor, tan sólo conseguiría desprecio” (8,7).

Con su mandamiento nuevo del amor, Jesús nos enseña que el amor oblativo hasta el extremo es lo propiamente humano. Por eso, su mandamiento no es la obligación de un autoritario sino el testimonio convincente de nuestra versión humana más completa y auténtica.

...Y, por tan humano... divino. Con este gesto extremo de amor, el Hijo del hombre se revela como Hijo de Dios, y la Encarnación “termina de completarse” en la historia, cuando el Verbo divino bebe el cáliz de la condición humana “hasta las heces”, asumiendo el último misterio humano que le quedaba por asumir: la muerte.

Cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva ...

La comida eucarística que hoy se nos regala y que estrenamos como Iglesia nos incorpora a esa entrega tan humana y tan divina. Y la comunión con ella nos dispone, a su vez, para continuar con esa entrega. Toda la asamblea eucarística está desafiada a vivir lo que se les advierte a los presbíteros en el día de su Ordenación: “Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

En realidad, cada Eucaristía proclama que la muerte ha sido vencida porque nada puede apagar un Amor que enfrenta la muerte confiando en la vida. Cada Eucaristía proclama que no hay vida propiamente humana sin recibir ese Amor extremo y que la señal continua de la Pascua es cada cristiano entregando su vida en el amor.

Lavaros los pies unos a otros

Y como amor con amor se paga, la señal de quien vive de la Eucaristía, es el servicio a la humanidad, como el Maestro. La condición de servidumbre que el gesto de lavar los pies implicaba en la cultura de Jesús y que los discípulos rechazaban tan visceralmente... suele quedar muy edulcorada en nuestras comprensiones y representaciones actuales...

¿Qué significa asumir el servicio al modo de Jesús sin reconocimientos, sin descanso, sin recompensa, sin...etc., solo confiando en todo lo comprenderemos más tarde?

Este Jueves Santo recibamos este amor “hasta el extremo” y dejemos que él nos renueve y transforme: lávanos, «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.»

Escucha la canción [Amar y servir](#) de Fr. German Pravia.



Fray Germán Pravia O.P.

Casa de la Santísima Trinidad, Montevideo, Uruguay

Evangelio para niños

Jueves Santo - 17 de abril de 2025

Lavatorio en la Última Cena

Juan 13, 1-15

Evangelio

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios a a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: - Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: - Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde. Pedro le dijo: - No me lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: - Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: - Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: - Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos. (Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo. "No todos estáis limpios".) Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: - ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.

Explicación

Es un día estupendo para recordar con agradecimiento el gesto que Jesús realizó con sus amigos, durante la cena última que compartió con ellos. ¿Lo recordáis? Se puso una toalla a la cintura, cogió una palangana con agua y les lavó los pies uno a uno. Al terminar les comentó que lo que había hecho con ellos, debían hacerlo unos con otros, siendo siempre serviciales.